

LA CIUDAD PROCESIONAL

DIRFÁSE construída la ciudad para pedernoso escenario de procesiones seculares. Todo, hasta la marcha ociosa y remolona de sus soñolientos habitantes, parece procesional. El pulso de su vida colectiva, pública, es de ritmo litúrgico. El reloj es la más sagrada institución municipal, y es el campaneo de las torres lo que echa á la eternidad las horas. Las fiestas mismas no son fiestas, sino que son festejos. Suéñase uno á las veces en alguna de aquellas paradisiacas reducciones jesuíticas del Paraguay.

Pero como escenario de procesiones vespertinas, al caer del sol, cuando el dorado de las piedras seculares — ¡gigantescas bambalinas de cantería! — va desfalleciendo en ceniza la ciudad, ¡es una gloria! Las luces mortecinas de los cirios, en movible reguero, entre los muros de la calleja, hablan de muertos eternos.

Es de mirar á la luz derrotada del atardecer, casi anocheciendo, aquella cara brillante como empapada toda ella en lágrimas, de la Dolorosa, que mira con inmóvil congoja al cielo claro, donde empiezan á nacer las primeras estrellas de la noche, las de siempre, las estrellas, como los cirios de la calleja, también procesionales. Y la Dolorosa, tendida en las andas, con las siete enormes espadas clavadas, como en acerico de tortura, en el corazón fuera del pecho, marcha al paso vacilante, procesional, de quienes la llevan.

Es el mirar al Cristo cejijunto, más que secular, casi prehistórico, de fuera de época en todo caso, con sus enaguillas y su cabellera, que se bambolean á la marcha del movible cataldo sobre que va, bajar la calle entre las dos filas de los espectadores de la representación trágica, de la divina tragedia. Porque aquello es un auto silencioso. Los espectadores recuerdan las anteriores representaciones del mismo auto y las funden todas en una y viven así un pasado siempre presente, un pasado que no pasa, que no se hace porvenir nunca. Y el día del Corpus Christi, á la luz del sol de primavera, es un auto sacramental al aire de las calles.

El día del Corpus Christi el enorme pabellón rojo y gualdo, la movible tienda de campaña cerrada que alegoriza la basílica, con su tímpano delante, es el símbolo de la ciudad procesional y litúrgica, es el símbolo de la ciudad, no ya de su iglesia madre. La ciudad es también una basílica roja y gualda, de pabellón de piedra, cerrada, y que marcha procesional y litúrgicamente por las calles del tiempo. Del tiempo hay que decir, pues no cabe decir que de la Historia. La ciudad, en rigor, no tiene historia, no vive historia. A lo sumo la representa; representa la historia pasada, esto es, la historia muerta, pero no la vive. Sus recuerdos son de cantería también.

Su pasado es un pasado que no pasa, que no se hace porvenir nunca. Su vida no es historia, sino que es liturgia. No crea valores, sino que cuenta los petrificados. Un año es como otro año, y en los mismos periodos se repiten las mismas fiestas, que no son fiestas, sino festividades ó festejos. La ciudad repasa los años como una monja las cuentas — de huesos de aceitunas — de su rosario, contando los miserios. Y los misterios son siempre los mismos, quince, ni uno más ni uno menos: cinco gozosos, cinco dolorosos y cinco gloriosos. Y cuando la ciudad repasa sus misterios gozosos no goza, y no le duele nada cuando repasa sus misterios dolorosos, ni alcanza gloria al repasar sus gloriosos misterios. Y es porque la costumbre

secular de repasarlos, viviendo siempre en un pasado que acaso no fué jamás presente, le ha embotado el gozo y el dolor y la gloria.

Y el proceso civil de la ciudad es también procesión litúrgica, es representación de historia, que no historia verdadera. Hasta cuando parece rebullirse algo, remusgando novedades, que es en tiempo de elecciones civiles, no sale de su soñarrera.

Los hombres envejecen sin sentirlo en una ciudad así, y cuando un día alguno de ellos siente la llamada de su genio familiar, del espíritu que presidió á su sino y que le muestra el que pudo haber sido y dejó en el camino de la historia, cae en un resignado abatimiento. Así son de tristes las vejeces de los hombres fracasados — y lo son casi todos los que nacieron con una vivaz conciencia histórica — en la vieja ciudad de las procesiones. Van por las calles por donde solían ir á los únicos lugares á que pueden ya concurrir, con el alma achatada como esos peces de los abismos del Océano, y la tienen achatada por el peso de siglos, todos iguales, todos un siglo sólo, el siglo del pasado eterno, que pesa sobre el gran escenario de cantería.

¿Y qué luchas, qué oscuras luchas con enemigos de puro diminutos invisibles, qué luchas las que esos hombres envejecidos de nacimiento tuvieron que librar! Primero, la lucha con el sabroso tedio de la ciudad. Porque el tedio de la ciudad es embriagador, como dicen que es la morfina, y al que lo cogo ya no le deja. Es una paz terrible que se os meto en los tuétanos de los huesos y os deja allí una perlesía adormecedora. Y esa paz es tedio. Y por eso están allí tan aburridos los pacíficos.

¿Son hombres? ¿Son sombras? ¿Son bultos de carne movediza no diferentes de los bultos de madera que pasean en andas por las calles en sus rituales procesiones? ¿Son sus luchas — las electorales entre ellas — más que pasos de procesión? ¿Hay alguna tragedia de verdad debajo de sus representaciones trágicas?

Este gran libro de piedra, sumidero de las escurrajas de la Historia, no nos enseña más que vanidad, que vanidades. Entre sus páginas de cantería se deshace alguna flor hecha ya ceniza, algún pensamiento que fué verde y enraizó en tierra siglos ha. Lo único vivo aquí es lo que no es historia; el verdeguar de la mies de trigo y de cebada entre los surcos al aleteo de Mayo. Esto es lo único que no envejece. Pero llega Agosto y con él la rastrojera, y el campo se vuelve pardo, como las piedras de la ciudad cuando el sol no las hiere.

Una rastrojera de almas es la ciudad, de almas que fueron. Porque sus almas fueron y no son, sus almas viven en un pasado eterno. Sus almas van pasando el pasado que no pasa, como los sacos de trigo en las cillas y paneras de la ciudad.

Domina á la población, ó dígase al vecindario, un misterioso pánico, que es el pánico de la Historia. ¿Que no pase nada, por Dios, que no pase nada! ¿Que nos dejen reparar nuestros viejos quince misterios y ver una vez más y otra nuestros pasos procesionales! ¿Que no dejen nuestras ferias y nuestros festejos tradicionales! ¿Que no nos rompan, ay, que no nos rompan la fila! ¡Es tan dulce, tan amodorrador este tedio! ¡Se va tan bien en él á la muerte! ¡Ni so da uno cuenta de cuándo lo empieza y cuándo se le acaba la vejez!

Miguel de Unamuno

LA EXPOSICIÓN CANINA DEL RETIRO



CONSUELITO HIDALGO

Primera Uple del Teatro Reina Victoria, acariando un peririto chiluhua

Fot. Salazar